

Los viajes de mi cuerpo:

Rosa Nissán

Eleonora Rodríguez Lara



inco años pasaron para ver impresa la última novela de Rosa Nissán. *Novia que te vea* ya hacía tiempo que había quedado en la memoria colectiva, popularizada sobre todo por la versión cinematográfica que se hizo de ella. Hoy, su libro recientemente publicado, habla de una relación solidaria entre dos mujeres que bien puede acabar hecha cine también, pues contiene por un lado una imagen plástica monumental: la de dos gordas deliciosas disfrutando sin prejuicio de su erotismo y de su cuerpo y, por otro, concentra muchos matices de transgresión feminista barnizados con el buen humor que caracteriza la narración y a su autora.

Con un título espectacular, *Los viajes de mi cuerpo* es la historia de crecimiento de dos mujeres de mediana edad, aprendiendo a enfrentar social y familiarmente, la ruta de su sexualidad y de sus deseos, a galope también, de varios viajes reveladores por el país. Dice Rosa Nissán: "En esta ocasión, más que la ciudad, son los pueblos, el país, los protagonistas. Lo que pasa es que mi personaje no conocía su país, como le pasa a mucha gente". Y sobre sus protagonistas, apunta: "Mis dos personajes son importantes en principio, aunque llega a resultar más relevante Lola por ser narradora. Pero la novela no iba a ser en primera persona, así que la hice en tercera pero no la sentía auténtica, entonces tuve que rehacerla toda... imagínate. En ese caos fui y le pregunté a Elena (Poniatowska) qué hacer. Me dijo algo muy sencillo pero muy cierto: '¡Ay! es tan difícil hacer una novela que, mira, hágla como te sea más fácil'. Así lo hice

y se quedó en primera persona. Sólo que claro, no quisiera cargar con el peso de que consideren que la protagonista soy yo. Digamos que primera persona real, no es. No soy yo, aunque algunas veces, claro, lo que quiero decir lo tiene que decir Lola".

Pero si hay que hablar de Rosa hay que perfilar al personaje de guión que también es por sí misma. Rosa Nissán por ejemplo, es más jovial que cinco chavas juntas; en el seminario de Teoría Política Feminista de Marcela Lagarde, es Rosa la de los morrales coloridos, esos que usa más bien como folders y dentro de los cuales hay varios más, reorganizando otro tanto de cosas y de tesoros. Es la que llega los lunes por la mañana -cuando nadie quiere arriesgar nada- envuelta de colores impensables, recubierta de pulseras, collares, aretes envidiables y de una actitud más que placentera, cachonda. Rosa, cuando entró, se presentó y dijo no tener proyecto de tesis, proyecto académico, dijo que sólo tenía un

"proyecto de novela"... nada más. Es que Rosa Nissán nació el día de Santa Modesta y en él lleva la penitencia, la cual, afortunadamente, está olvidando cada vez que se convierte un poco más en la mujer que siempre ha deseado ser.

Rosa empezó a escribir casi a los cuarenta años, una vez que un proceso familiar la dejó sola a ella con su propia vida. ¿Un poco tarde? Nunca. Más bien oportuno en su historia. Rosa se hizo escritora cuando se volcó en ella y en menos de quince años ha hecho cinco libros, el guión de dos películas, ha aprendido a ganarse la independencia económica y la de su pensamiento; ha sido fotógrafa, tallerista literaria, asesora, amiga, consejera para quien se lo pide, mujer solidaria, madre crítica, estudiosa de las sufragistas y mucho más; orgullosa en absoluto de ser múltiple y diversa, de ser pues, distintas cosas a lo largo del tiempo. De cambiar, de moverse y sacudir las certezas que, casi nunca lo son. De ser mucho más que los moldes



Rosa Nissán

únicos que existen para las mujeres.

La solidaridad femenina es un recurso y un capital con el que siempre ha contado y que se revela en la novela. "Yo la he vivido. Fuera de mi madre, todas las mujeres han sido solidarias conmigo. Ella no ha sido solidaria conmigo porque no lo fueron con ella, pero ha sido solidaria a su manera: hace una comida rica y me la trae, o me teje un suéter. Me ofrece lo que tiene, para ser claras. En la novela no me esforcé porque esta solidaridad se viera, no fue premeditado. En el libro *Hijo que le nazca sí*, porque ahí la viví por primera vez, en el taller de Elena Poniatowska y Alicia Trueba. Yo en realidad, soy la que soy por ellas y no soy la que era -una mujer para los otros- únicamente por ellas. Eso me conmueve muchísimo. Yo estuve apoyada por ellas con palabras absolutamente claras. Estuvieron en mi divorcio, en

mi estancia sola, en el periodo de reconstrucción de mi misma y en mi gran lucha económica para sobrevivir, que no era otra que el no sucumbir y no vender mi vida a los negocios".

La lucha cotidiana y creativa de Rosa Nissán, es también la de no ser una madre a perpetuidad o una abuela abnegada. A su edad, no puede creer que tenga que seguir con esta contienda diaria, porque pensó que todos la entenderían y que acabaría en algún momento, pero hoy sabe que todo está dispuesto socialmente para que vuelva a ser esa otra que ya no quiso ser y que, entonces, es un trabajo diario, arduo y a veces agobiante, transgredir siendo nada más, simplemente, quien se quiere ser.

Las mujeres, sus conflictos con la opresión que las rodea, siempre han sido una preocupación personal en Rosa Nissán. "Sí, es una preocupación mía completamente, porque es mi



Rosa Nissán

historia personal. Para mí es brutal el confinamiento al hogar y a los hijos. Y sigo viviéndolo como una lucha porque en esta etapa de la vida, cuando ya tengo una credencial del Insen, tengo todavía que estar luchando para que no me metan en el camino de lo que debe ser una buena abuela, una buena suegra, en ese ámbito familiar tan difícil. Pero bueno, todo, la sociedad, está construida para que seamos así, de tal modo que sí es una lucha y agotadora".

Los viajes de mi cuerpo son experiencias múltiples con las que todas nos identificamos. El racismo, sexismo, clasismo, los prejuicios y los tabúes eróticos y de belleza, son temas claves en la novela. En ella, el erotismo se plantea como una manera de rebelión y de conciencia personal. Explica Rosa: "Yo creo que casi todas las madres se olvidan de sí, sobre todo entre los treinta y cuarenta años. Están

sólo clavadas en todo lo que tienen que hacer para esos niños. Muchas están gordas, sumamente atareadas... Yo sé por ejemplo, los motivos de Lola -su personaje- para estar gorda: muchas mujeres que se obligan a ser fieles, engordan para que nadie las pele. Esa es la manera que encuentran para resolver el problema del cuerpo, la religión, la sexualidad y 'la fidelidad obligada para toda la vida'. Con la novela pensé mucho en los prejuicios, que nos dañan y aprietan. Nos estrechan el mundo. Hacen que no nos quede nadie cerca. El mundo se empequeñece con los prejuicios. La acomplejada aquí es Lola, la que va a aprender todo, es ella".

¿En quién piensa Rosa Nissán cuando escribe? "Me conforta saber que me lean mujeres, que me lean las gordas y las demás que no han disfrutado de su cuerpo y que quizá cargan con la religión. No pensé en los hombres, pero

también les viene el saco porque podrían averiguar cosas sobre la sexualidad de las mujeres. Y bueno, los prejuicios, nos atañen a todos. Definitivamente pienso en las mujeres. Yo escribo como lo que soy, soy mujer y paso mucho tiempo con mujeres. Antes -cabe decirlo- me parecía aburrido porque las que conocía eran madres a perpetuidad. Ahora es distinto".

¿Y el humor, de dónde sale, qué función cubre en una novela que en realidad sale del dolor de la opresión, la gordura y la supuesta falta de belleza? Rosa Nissán clava los ojos en el horizonte y termina hablando de llana supervivencia: "A mí me da miedo la tristeza, le tengo miedo al dolor, a la depresión. Le tengo miedo a toda la parte oscura de la vida. Entonces, como no la puedo evitar, porque todo lo tengo, sólo la barnizo de humor".